

El niño Árbol

Adrien Dusilence



El niño Arbol

Capítulo 1- La decisión del niño.



Amable, sonriente y feliz, esas eran las cualidades principales de aquel chico. Darían tiene 14 años, aparenta ser un adolescente normal y corriente a ojos de cualquiera, pero él tenía una terrible obsesión por los insectos. Esos bichitos eran su felicidad.

En medio del gran jardín en el que se encontraba, los observaba con gran interés, los perseguía e incluso los dibujaba.

Un pequeño hueco dentro de un enorme árbol le llamó la atención.

—¿Qué habrá dentro? —se preguntó. Su curiosidad le incitó directamente a entrar, cuando de repente...

—Espera —una niña fantasma apareció a su lado.

Le mostró una mirada tímida e inocente y, con una tierna sonrisa, le dijo que en aquel lugar nadie se atrevía a entrar, ni tampoco sabían por qué. Nadie sabía nada: no había mitos, sabios ni leyendas que pudieran explicarlo. Simplemente, era un lugar al que nadie miraba.

—¿Te atreverías a entrar? —acabó por decir la niña, como invitándolo a jugar al escondite.

El chico no podía parar de mirarla, o eso pensaba la pequeña fantasma. Darían miraba a través de ella el gran agujero del árbol; su obsesión por los insectos que rondaban alrededor de aquella entrada le llenaba los ojos de intriga, misterio y aventura.



Ella, al poco después, lo entendió y se le borró la sonrisa de la cara. Apenada, miró tristemente hacia abajo; sintió todavía más que no existía, volviéndose aún más transparente que antes...

El joven caminó hacia ella y la atravesó por completo, como si nunca hubiera estado allí. Pisó las frutas podridas del árbol milenario y entró en aquella cueva de raíces. En medio de aquel oscuro lugar no podía diferenciar ni ver nada, cuando, de repente, una misteriosa voz le habló:

—Vaya... así que atravesaste mi jardín. Yo soy tu ángel guardián: conciencia, alma, mente, espíritu, visión... llámame como quieras. No importa el lugar en el que estés para llegar a esta sala, sólo tu mente es la llave. Estás en lo más profundo de tu alma, atrévete a abrir lo que temes esconder. Vamos.

Después de aquellas palabras, una puerta, cuyos extremos parecían extenderse hacia el infinito, se abrió delante de él, iluminando por completo el interior del pequeño árbol en el que se encontraba. La intensa luz lo cegó, no podía ver nada, sólo sentir. Sí, esa luz le transmitía emociones.

—La percepción emotiva extrema está en ti —dijo aquella voz—. Con esta semilla dentro de ti, percibirás y sentirás los sentimientos de una manera más intensa. Esta anormalidad será tu poder dominante, pero no puedo decirte nada más; sólo soy una puerta que acabas de abrir al fin y al cabo.

Capítulo 2 - Las palabras de la niña

Años después, Darían se encontraba de pie mirando el muro de su habitación. Con su mano tocó la fría y espesa pared que tenía frente a él y dijo:

—¿Por qué? Cuando abrí la puerta del destino, la voz me dijo que sentiría los sentimientos de una manera más intensa. Pero yo... no soy capaz de expresar nada: ninguna emoción, palabra, dolor. Nada. Solo... cierro la mente. ¿Qué soy?



Perdido en sus reflexiones, Darían perdió también la noción del tiempo por completo. El reloj avanzaba a gran velocidad. Las horas se volvían minutos y los minutos, segundos. Al contrario de las agujas del reloj, Darían se movía cada vez más y más lentamente. Con el alma perdida... apenas podía moverse.



En este microinstante, raíces penetraron por sus venas y una gran fuerza nació en su interior. Al igual que una planta, Darían se convirtió en un recipiente con el que podía absorber toda la energía vital de su alrededor. Ni siquiera los fuertes dolores físicos podían hacerle reaccionar en lo más mínimo. Sus brazos eran ramas y sus piernas, raíces, que lo mantenían prisionero y paralizado por completo.

Poco a poco... un árbol silencioso se convirtió.

—Mírate... convertido poco a poco en un árbol muerto, en un auténtico vegetal... —era la voz de la niña fantasma.

Apareció ella, mirando hacia el suelo... como aquella vez en la que él la dejó junto al gran árbol. Se miraron a los ojos: él, inexpresivo como una planta, y ella, con los ojos tristes y enfadados, indignada y apenada. Ella lo quería y lo odiaba.

—Escucha la fuerza del silencio —le dijo ella seriamente—, es lo único que puede hacer... Vamos, intentalo.

Darían empezó a escuchar una hermosa canción, pero él no seguía la melodía, sino el vacío entre cada nota.

Después de una trágica mutación mental, Darían estaba muriendo. Poco a poco... salió del cuerpo que lo mantenía atrapado. Se cogieron de la mano: él podía tocarla, notar su presencia. Darían era ahora un fantasma, al igual que su compañera.

—¿Estoy... muerto?

—Sí —respondió ella—. El monstruo de tu interior se apoderó de tu mente hasta tal punto que acabó con tu propia vida.

—Yo... quisiera abrazarte con toda mi alma, pero siento que, si lo hago... No podría volver jamás a aquel lugar —dijo Darían tristemente—. Perdóname... Antes de volver a este mundo, tengo una misión que cumplir.

El niño soltó delicadamente la mano de la niña y, dando un paso atrás, dio la vuelta para enfrentarse a la monstruosidad que tenía delante.

Capítulo 3 - La reencarnación

El inexpresivo hombre-árbol que tenía enfrente desprendía un aura repugnante. Su odio seguía creciendo y creciendo, absorbiendo toda la energía de la naturaleza a su alrededor.

Sin embargo, dentro de aquel complejo sujeto se escondían verdaderas tormentas de emociones, sentimientos que parecían ilimitados. Así es: la puerta del destino que abrió Darían en tiempos atrás no le había mentido.

Darían sabía que el corazón del monstruo era la clave para cumplir sus objetivos.

La niña dio unos pasos hacia él. Darían apenas notó su presencia; se encontraba demasiado absorbido con lo que tenía enfrente. Ella siguió caminando, observando a su compañero de perfil, y, con un tono amable, le dijo:

—¿Lo puedes ver? Este monstruo es un recipiente que se fue llenando de odio durante mucho tiempo —dijo la niña con una sonrisa floja—. Si entras en tu cuerpo material, yo no podría describirte lo que ocurrirá después. Es algo que solo tú tienes que afrontar.

Darían, seguro de sí mismo, avanzó hacia aquel retorcido ser. Al atravesar su monstruoso cuerpo material, se llevó una sorpresa.

Aquel hombre-árbol contenía todo un universo en su interior. Se podía apreciar el cosmos perfectamente en el cielo. La tierra que pisaba estaba llena de vida e imaginación: musgos, plantas y flores que crecen y se transforman continuamente en otros vegetales muy diferentes. El jardín se perdía en el horizonte; parecía infinito. Ríos que caen en el vacío, mariposas que vuelan por todas partes y cambian de colores continuamente, raíces de troncos que se entrelazan entre sí, y millones de insectos que se fusionan unos con otros para metamorfosearse en otras especies diferentes. Este sitio es un auténtico laberinto, un rompecabezas pero, a la vez, armonioso, poético y bello.



Empezó a caminar hacia un lago que tenía enfrente. Al mirarse en él, Darían vio su reflejo en el agua: tenía una sonrisa diabólica, con dientes finos y afilados que ocupaban media cara. Entonces empezó a tomar conciencia de lo que era realmente: odio.

¿Acaso Darían fue absorbido por su propia oscuridad?

El demonio empezó, poco a poco, a reírse solo... hasta reírse descontroladamente, momento en que gritó eufóricamente:

—¡POR FIN! Por fin pude salir de este imperfecto cuerpo que me mantenía atrapado.

La energía de los dioses fluye dentro de mí ahora con total libertad.

¿Quién podría pararme ahora?



—Eh, tú... —una tímida y pequeña voz sonó de repente en aquel lugar.

El demonio miró hacia delante, se le borró la sonrisa inmediatamente, sus retorcidos ojos se sorprendieron por completo, parecía asustado.

Era su otra versión de él mismo. Sí, era Darían en su cuerpo humano, hablándole desde lo alto de una colina. No era ningún fantasma... al igual que el demonio, ambos tenían sus cuerpos materializados y reales.

Para el demonio, el solo hecho de pensar en volver a estar atrapado en aquel cuerpo le ponía enfermo. Esas raíces que lo habían mantenido atrapado durante tanto tiempo, convirtiéndolo en árbol, le daban ganas de vomitar, ya que él, al separarse de su cuerpo original, podía moverse con total libertad.

El demonio miró con desprecio y repugnancia a aquel niño, y dijo:

—¡Este niño... soy yo! No lo puedo ver. ¡MUERE! — gritó descontroladamente el ser de odio.



—¡Eh... monstruo, sígueme! —el joven humano incitó al demonio a jugar al escondite en aquel lugar.

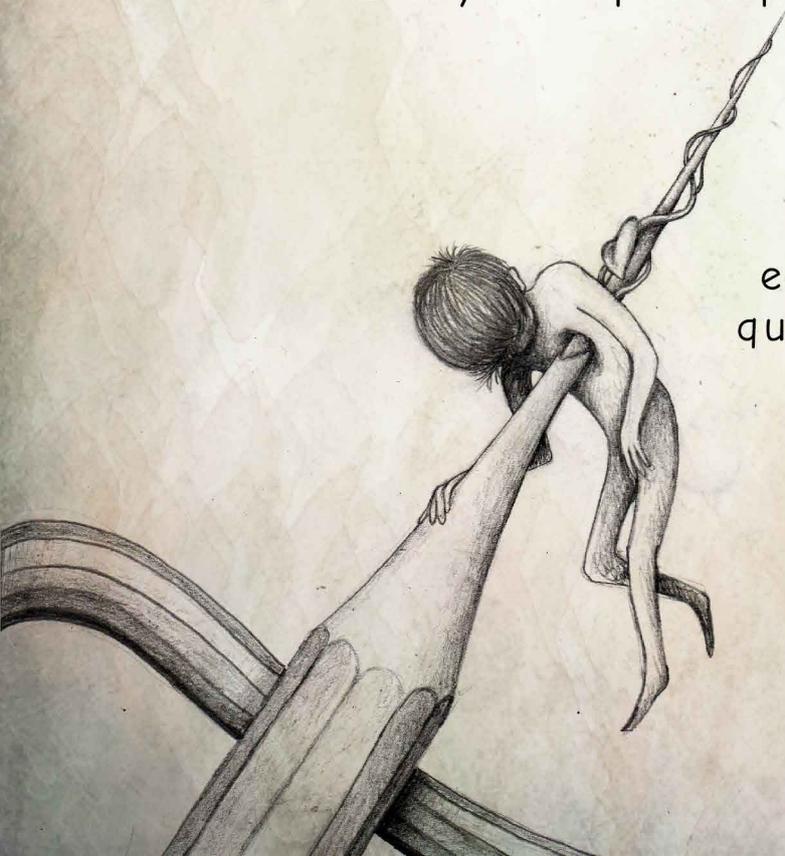
El demonio, con una sonrisa malévola, aceptó el juego.

—¿Jugar conmigo mismo? —dijo burlonamente—. De acuerdo, acabaré con esa estupidez. Dividirse en dos fue inevitable; acabaré contigo y seré uno.

Él era mil veces más astuto que aquel joven, se movía a la velocidad de la luz, con el cuerpo ágil como el viento y, con tan solo moverse un poco, podía desaparecer por completo del ojo humano.

El joven se escondió detrás de un arbusto, cuando, de repente... la cola del demonio atravesó el pecho del chico, atravesándole el corazón y la espalda por completo.

El pequeño humano escupía sangre, mientras que su versión demoníaca disfrutaba sádicamente mirándole fijamente de frente.



—Sí... es cierto. Solo uno de los dos puede ser real. Solo uno... puede existir —dijo el joven sin aliento.

Empezó a trepar por la cola, clavándosela todavía más a sí mismo, para llegar a aquel ser terrorífico. Con valor y sufrimiento, Darían llegó hasta el demonio, que parecía disfrutar de aquella absurda y patética escena.

Inesperadamente... dio su último aliento para abrazarlo fuertemente. El ser de odio se esperaba de todo menos eso; no podía comprender algo que desconocía por completo.

—¿Qué significado tiene eso? —se preguntó.

Mas pensaba en ello, y más transparente se volvía, hasta desaparecer completamente. Al abrazar al demonio, Darían convirtió su oscuridad en luz.

El niño cayó al suelo, muerto. Volvió a encontrarse con su amiga... y esta vez, ambos pudieron morir de verdad. Liberándose de la maldición, pudieron hacer el gran viaje hacia el más allá.